

DISCURSOS

PRONUNCIADOS

EL 10 DE AGOSTO DE 1886.

RIOBAMBA, 1^o DE SEPTIEMBRE DE 1886.

IMPRESA MUNICIPAL.

DIEZ DE AGOSTO DE 1886.

Septuagésimo séptimo Aniversario del primer grito
de la Independencia Sudamericana.

AQUÍ teneis, Bolívar, á tus hijas
Que tu invicta pujanza libertó,
De eso infamante título de esclavas
Conque la España injusta nos llamó.

Hoy gozosas brindámote á porfía
Coronas de laurel, Libertador,
Nunca las brumas de baldón cobarde
Oscurezcan el sol del Ecuador.

TU cuna fue Venezuela,
Noble Atleta sin rival,
I en alas del viento vuela
Tu fama, que es inmortal.

JUNTO con vos en tu gloriosa cuna
Nació la libertad Americana,
Intrepido burlando la fortuna
Nos dejaste igualdad santa y hermana.

I si en la guerra fulminó tu espada,
Contra la España el rayo vengador,
¿Olvidarte podrá Nueva Granada
De ser libre debiéndote el favor?

SI independencia tu brazo
Dió á la tierra americana,
La República peruana,
Desde el oriente al ocaso
Pregona tu gloria, ufana.

LA corona de la gloria
Contemplamos en tu frente,
I un saludo á tu memoria
Bolivia te ofrece ardiente.



ALOCUCION.

(Agosto 10 de 1836.)

La libertad, Señores, es el más preciado bien, para todo corazón que, ardiente, late bajo un pecho republicano; y grandiosa es, en verdad, la fecha que el sol de hoy día nos recuerda. Latísima es su historia; pero podemos definirla en estas pocas palabras: el ibérico despotismo ahogado por la sangre de los héroes, y el estandarte de la libertad flameando en un trono de gloriosas tumbas.

Días como estos son, conciudadanos, aquellos en que el mar de sentimientos que en nosotros desenvuelven los recuerdos, embarga la facultad que la lengua tiene para manifestarlos, dejando, si, que los bosqueje el alma con el delicado tinte de la emoción, pintada en el semblante mismo de quienes la sienten. Esto y no otra cosa pasa hoy día entre nosotros.

¿Quereis cercioraros? Averiguad el motivo que os ha congregado en este recinto; investigad la causa de vuestra general alegría; preguntad la razón de ese entusiasmo ardiente y vivo que manifestáis en vuestros ligeros movimientos, en vuestras miradas centellantes y expresivas, y yo os contestaré: que así como el padrón de las infamias corre avergonzado de la posteridad, á sepultarse en el negro abismo de los siglos, los heroicos hechos de nuestros libertadores, viviendo siempre en nuestra mente, hacen germinar en nuestras almas ese semillero de grandiosas sensaciones, cual si sintiéramos recién pulsar las fibras del corazón, la suave mano de la libertad, y llenos de júbilo y admiración, corremos á los pies del patriótico pendón, á depositar fervientes una promesa más, de afecto y gratitud, á la veneranda memoria de los Próceres del 10 de Agosto de 1809.

¡Ah! los nombres de un Quiroga, de un Morales, de un Salinas, &^o, &^o, que, con amoroso afán, guarda entre sus mismos pliegues, nuestro Ecuatoriano Pabellón, nos están recordando que en este día de glorioso timbre, allá en el seno de la heroica Quito, lo arrebataron intrépidos, de las manos del tirano, y sellando con su sangre el pacto de independencia, nos lo entregaron en nuestras manos para que lo conserváramos sin mancilla. Ellos fueron quienes levantaron el trono de la libertad Americana, sobre los despojos mismos

de sus verdugos; ellos quienes sacudieron el polvo de la ignominia que ennegrecía nuestra frente; ellos quienes restituyeron nuestros derechos y nuestra dignidad; ellos, en fin, quienes nos legaron, con su ejemplo, una salvadora lección para castigar á los déspotas y á los opresores.

¡Ah! si, valientes chimborazeños, admiremos su heroísmo y bendigamos su memoria, y conservemos siempre incólume el símbolo precioso de nuestra redención política, consagrado en nuestro Pabellón Nacional, tantas veces ajado, si, por sus propios hijos, entre sus contiendas civiles, pero nunca envilecido ni manchado con extranjero baldón. Si, trabajemos sin descanso por su gloria inmarcesible y sacrifiquemos nuestro bienestar y nuestras vidas por el engrandecimiento de nuestra Patria.

HE DICHO.

ANGEL F. ARAUJO.

Señores.

Cuarenta siglos contaba la civilización caminando por todas las sendas de las pasiones y del error, y siempre incierta retrocedía cuanto adelantaba, hasta el día en que el Divino Mártir, desde las cimas del Calvario exclamara al mundo: Libertad, civilización! Trecientos años habían trascurrido desde que Colón hubo puesto sus plantas por primera vez en la virgen del mundo; y la civilización que debió rayar junto con la conquista, era ofuscada por la negra sombra de la sed de oro que devoraba á sus conquistadores. Y más tarde, el peripato lanzado de las antiguas escuelas europeas, preconizado por el genio de Bacon y de Descartes, se abrincheraba como en sus últimos baluartes, y ejercía su funesto imperio sobre las Naciones del nuevo mundo, cual si ahogar quisiese en su cuna la espontaneidad del ingenio americano.

Peró rayó la aurora del 10 de Agosto de 1809, y junto con ella rayó también la aurora de la libertad y civilización sudamericanas. Las naciones que olvidan los días de sus sacrificios y los nombres de sus mártires, no merecen el inapreciable bien de su independencia. Tener patria es la primera necesidad de los pueblos, por-

que la tierra es el primer espacio donde se desarrolla la vida. Los pueblos necesitan un rincón donde mecer la cuna de sus hijos, donde construir el hogar de la familia, donde depositar los huesos de sus padres. El espíritu se une fuertemente á la tierra que ha recogido sus lágrimas, que ha presenciado sus amores, que forma parte de su misma naturaleza; porque entre el espíritu y la tierra hay una armonía misteriosa, como entre el cuerpo y el alma. Pero no es posible reducir la patria á la estrecha tierra de nuestra cuna. Y poco á poco los horizontes de la vida se dilatan; la comunidad de origen y de destino une muchas familias; los ríos, las montañas, las costas forman hogares mayores que el hogar del individuo: la sangre vertida en defensa de una misma causa, las afinidades de raza, los recuerdos históricos, el lenguaje, las artes, vienen á ser los grados de vida de ese ser superior que se llama Nación, y que tiene una realidad tan concreta como la realidad del individuo, y es una de las determinaciones de las maneras de ser de la humanidad que llena toda la tierra.

Mientras la América del Norte se había sacudido del yugo inglés, Sud-América permanece esclava ante el viejo poder de la aristocracia española. ¿Quién podrá contrarrestar tanto poder? ¿Quién podrá tomar la iniciativa de su independencia? Un pueblo! ¿Dónde está ese pueblo? En el Ecuador! Tres siglos de absolutismo no han podido debilitar su carácter. Quito, nuestra hermosa y heroica capital, es quien toma tan gloriosa iniciativa; y al alumbrar el sol del 10 de Agosto de 1809 es plantado el árbol de la libertad con la sangre de los Quiroga, Morales, Guerrero, Salinas, Ascúsubi, Larrea, Montufar, &^a. De entonces cada poeta es un Tirteo, cada orador un Bruto; cada aldea una Numancia; cada desfiladero una Termópila; cada soldado un Viriato; los campos son campamentos, las casas fortalezas; los americanos soldados, el hierro se convierte en armas, los árboles en astas; de las breñas bajan los guerrilleros como águilas; las mujeres sienten genio guerrero en sus almas; las madres amamantan á sus pequeñuelos en el odio al español; la tierra se mueve por sí sola con grande estremecimiento para arrojar de su seno al opresor; y Colombia, más feliz que la esclava Cuba y que el imperio del Brasil, no será vencida; porque en Colombia hay lo único que se ha podido conservar del cáncer del absolutismo, un pueblo viril, y en las venas de un pueblo viril es inagotable la sangre; Quó epopeya la guerra de

la independencia! ¡Si pudiéramos olvidarla, que perdamos antes mil veces la memoria! ¿Pero cómo sería posible, cuando á ella unida á los nombres de nuestros poetas y los aceros de nuestro más hermoso éscudo? cuando de ella surgió nuestra libertad y el código inmortal de 1821? cuando por ella sabe Europa que nuestra nacionalidad no puede morir?

El recuerdo más popular, la epopeya más viva de nuestras glorias, sin duda alguna, es la guerra de la independencia. A ella está unido el nacimiento del nuevo arte que se inspira en la libertad: unido el nacimiento del nuevo derecho que se encierra en el código inmortal de 1821 y la Constitución de Colombia: unido el nacimiento del nuevo pueblo que, después de tres siglos de servidumbre, cuando lo creyó envilecido por esclavo, tiene la primera de las virtudes, la virtud de los héroes, y alcanza la primera de las glorias, la gloria de los mártires. Así como se necesita ir á Italia para encontrar un poema como nuestro cántico á la victoria de Junín, se necesita subir á las Termópilas, á Salamia, á Platea, para encontrar fechas, lugares que sean, en la memoria humana, tan sagrados como Carabobo, Ayacucho, Junín y Pichincha. En estos campos, fresca aún la sangre, las armas rotas y diseminadas, insepultos los huesos, vivas las señales del sacrificio, es en donde el despotismo español huyó para siempre como los fantasmas de un sueño.

¡Cuántas veces, en largas veladas, hemos recojido el relato de la guerra, de labios de nuestros abuelos, y nos ha parecido oír en las ráfagas del viento la voz de los mártires, que nos excitaban á imitar su ejemplo si alguna vez peligrara la independencia de nuestra Patria! Sobre aquellos mares de sangre, sobre aquellos montones de huesos: sobre el ara de tan grandes sacrificios está fundada nuestra nacionalidad.

¡Héroes del 10 de Agosto, de Junín y de Ayacucho, de Carabobo y de Pichincha, por vosotros tenemos patria! ¡Patria! ¡Patria, aunque sólo tuvieras en tus aires, que han fatigado á la gloria, la guerra de la independencia, sería llamada siempre la redentora de las naciones!

¡Será imposible que olvidemos el 10 de Agosto; imposible que olvidemos á sus mártires; imposible que olvidemos á Bolívar, á Sucre, á Páez, á Nariño, á Córdova y á toda esa pléyade de héroes, que viniendo desde Orinoco, atravesando ríos, cruzando bosques y llanuras y trepando las crestas de los Andes, fueron hasta los confines de la tierra

de los hijos del sol, dando por doquiera que pasaban libertad é independencia. Pero es que entonces la tierra de América brotaba héroes; entonces la tierra de América brotaba soldados abnegados y valientes, quienes en vez de abrigar mezquinas y bastardas aspiraciones, en sus pechos, sólo latía el deseo de libertad; es que entonces... Ay! entonces! Pero vengamos al 10 de Agosto de 1809.

El 10 de Agosto de 1809 debe ser para nosotros, los hijos del Ecuador, un día de justo orgullo y gloria nacionales. No lo olvidemos. Pero, si la aurora del 10 de Agosto de 1809 fué la precursora de nuestra independencia y civilización, pidamos á la Divina Providencia, que la aurora del 10 de Agosto de 1886, sea la precursora de mejores días de ventura para los hijos del Ecuador y de todos nuestros hermanos de Sud-América.

He dicho.

DARÍO MALDONADO.

SEÑORES.

Las fechas en las cuales se hace reminiscencia de hechos pasados de elevada significación é importancia, en la historia y vida social de los pueblos, deben ser conmemorados con frecuencia; que cuanto se haga por perpetuar su recordación, habla de un modo elocuente en bien de dichos pueblos, son lecciones de enseñanza para el porvenir y rendimientos de gratitud á la memoria de quienes, con abnegación y sacrificios, contribuyeron poderosa y eficazmente al triunfo del don más estimable de los concedidos por Dios á sus criaturas, del más grandioso de los derechos del hombre, ¡la libertad! Por el presente se toman en un punto dado, los extremos de la cadena de los tiempos, y el ejemplo en lo práctico es de más eficacia que las doctrinas de una bella teoría; así, lo que hagamos en la actualidad y después, en memoria de tales hechos, en honra de sus protagonistas ó fautores, dará una cabal idea de cuanto es propio de corazones verdaderamente republicanos.

Empero, para relacionar mejor las ideas, me permitiréis una ligera digresión hacia los acontecimientos

más notables, que motivaron la magna guerra de la independencia y á los que se sucedieron durante ella, hasta el establecimiento de nuestra República.

Ocupado de preferencia el gobierno del Reino de España, de su dirección Administrativa interior y de las relaciones internacionales con las potencias Europeas, poco se cuidaba de los asuntos y necesidades de las Colonias hispano-americanas: la suerte de ellas estaba únicamente en manos de los representantes de la Corona, y el cetro de hierro de los que ejercían la autoridad en estas localidades, se aplicaba con dureza, haciendo cada día más ominoso el yugo de la dominación. El despecho de los americanos subió entonces de punto, á la par de la opresión á que vivían sometidos; y más, cuando el desentendimiento por la suerte siempre adversa de estas Provincias, se había convertido en un olvido absoluto y nada se hacía para aliviar su situación, por la confianza en la lealtad de ellas al trono, cuando ni siquiera abrigaban la esperanza de que sus quejas llegasen á oídos del Monarca.

Coincidió por aquella época (año de 1808) que la atención del gabinete de España, se encontrase justamente preocupada de los más serios temores, por la entrada de los ejércitos franceses á Madrid, á órdenes del General Murat, en tiempo de Napoleón, por la atrevida conducta de este árbitro de la Europa y por el cautiverio de Fernando VII en Francia.

Sólo entonces se hizo "reparo" de las Colonias, para exigir de ellas nuevos pechos ó exacciones; y aunque por la necesidad inmanente de atender á la conservación é integridad del Reino, la Junta Central de España, investida del Supremo gobierno, expidió la real orden que declara á las provincias hispano-americanas iguales en derechos á las españolas europeas, mejorando su condición social y dándoles un grado de esperanza para su bienestar futuro; ellas se aprovecharon de tan favorable coyuntura, para dar desahogo á su dolor, atender del conveniente remedio á sus males y recoger las amargas lágrimas vertidas en medio de su infortanio y desesperación.

Un eco grave y sonoro, que se difundió por las concavidades del espacio, se dejó oír entonces en la hoy Capital de nuestra República. Era el primer grito lanzado á estímulo del patriotismo y entregado á los aires pregonando la libertad de las Américas y declarándolas e-

mancipadas de la dominación real. El valeroso pueblo de Quito, hizo oír ese primer grito de independencia, no tan sólo en ese estrecho recinto de los Andes, más aún en todo el Continente. Por esto, Señores, justo y necesario es que hoy levantemos también nuestra voz, conmemorando aquel fausto día, el diez de agosto de 1809.....

Esta fecha de grata recordación, en tanto que cifra la página más brillante y gloriosa de nuestra existencia política, viene, sin embargo, envuelta en lágrimas y sangre, y excitando un clamor general, por luctuosos acontecimientos que fueron sucediéndose desde allí.

En efecto, humante y á torrentes se vió correr por las calles de la Capital, la sangre de los Salinas, Morales, Quirogas, Ascásubis y de otros tantos patriotas, víctimas en las aras de la libertad que pregonaban y juraban sostener.

Revolucionada la ciudad de Quito contra las autoridades españolas, luego se instaló en la misma, la primera Junta ó Gobierno patrio; y con este motivo el Virey Amar, hizo esfuerzos supremos para someter á los rebeldes, apagar el fuego de la revolución, prendido en varias partes, y sofocar las nobles ideas de libertad é independencia. Con este objeto, nuevas fuerzas y elementos bélicos fueron enviados contra el país, y aunque el entonces Presidente, había prometido amnistía en favor de los insurgentes, más de trecientos de ellos fueron reducidos á prisión y asesinados al instante. El recuerdo de tales actos repetidos con perfidia y barbarie, la protección del clero á esa causa de la independencia y la muerte del mismo Presidente Conde Ruiz de Castilla, sacrificado á manos del pueblo que respiraba venganza, sirvieron de móviles de impulsión, para el sostenimiento de una guerra de exterminio, entre los representantes del poder de España y las Colonias que habían jurado ser libres ó morir.

Y aquí es, Señores, cuando un hombre extraordinario, ¡Bolívar! el genio de la libertad y de la guerra, inspirado de ideas sublimes y elevadas, excita los nobles sentimientos de sus correligionarios; por do quiera que va, remueve obstáculos, improvisa ejércitos, forma nuevos héroes y patriotas, donde quiera hace resonar el eco de las batallas, trábanse mil combates y se halla siempre al tiempo del conflicto. Con la palabra, el ejemplo y el entusiasmo, reemplaza el ánimo de sus guerreros, hace prodigios increíbles de valor, y el calor de la victoria viene a

nunciando siempre el triunfo de la causa de la independencia; así es que ante tanto heroísmo y sacrificios, ante el valor más inquebrantable en una contienda de largos años, no era extraño que al fin vinieran á morigerarse las condiciones de la guerra, que hasta entonces sólo era de exterminio y destrucción. En efecto, los enemigos principian á desmayar y Morales, Morillo mismo viene á menos y cede en su favor reconoce la imposibilidad de triunfar, suspende las hostilidades, firma un armisticio, se entrelaza de brazos con el Libertador, y por medio de la palabra, se hacen recíprocos ofrecimientos para cimentar la paz y la reconciliación; y así, coronada casi en su totalidad tan grandiosa empresa, bajo la acción inmediata de la Providencia Divina, que guía los actos del Coloso americano, los asuntos debían ser tratados, en adelante, entre España y Colombia, como entre Naciones iguales.

Mas, apenas la nueva República, habia dado el primer paso en la vida de su organización política, se presentaron otros disturbios revolucionarios: las voces de sedición dividieron los ánimos y el país entre federalistas y unitarios, lo cual puso en conflicto la independencia del Estado, salvada de tal riesgo solo por la sagacidad y acendrado patriotismo del inmortal Bolívar.

Disuelta más tarde la República de Colombia y dividida en tres Estados libres, con los nombres de Venezuela, nueva Granada y Ecuador; sellada la independencia de este último con la Batalla de Pichincha, en Mayo de 1824, á órdenes del egregio y malogrado Mariscal Antonio José de Sucre, de veneranda recordación; entró á la nueva vida social, manejándose con existencia propia bajo el régimen político que le determinara la Constitución primera, que recibió de la Convención reunida en esta ciudad de Riobamba, en el año de 1830.

Desde entonces los Ecuatorianos todos y los Magistrados, cual más cual menos, con mayor entusiasmo, han venido conmemorando las glorias nacionales; y observareis Señores, que á medida que avanzan los tiempos en su veloz carrera, se aumenta nuestro cariño y grato recuerdo por los Próceres que, con tanta abnegación y desprendimiento, se sacrificaron, por asegurar á las generaciones futuras el goze de su libertad; y como la historia según la expresión de un escritor de los nuestros, es la repetición de los mismo hechos; preciso es que, á medida que se fortifica la idea del bien, con el cual nos regalaron

nuestros antepasados y se comprende la satisfacción dimanante de un deber cumplido, preciso es, vuelvo á decirlo, que se repitan siquiera anualmente estas fiestas nacionales, dedicadas á tributar un homenaje de reconocimiento, á favor de todos los que militaron heroicamente para destruir las cadenas del vasallaje y despotismo, así también para ejemplo de los que nos sucedan en este desfile incesante de la especie humana.

Tal es, Señores, la historia de nuestra emancipación política, relatada á breves rasgos y cuyo recuerdo nos ha congregado hoy, para celebrar las glorias de la Patria y su autonomía; mas, no terminaré sin hacer presente que la primera condición del programa de las Naciones, es la *libertad*, para el cultivo y progreso de los pueblos, como bien lo ha dicho Montesquieu: y si esta la hemos recibido como herencia de nuestros progenitores, debemos hacernos dignos de merecerla, hermanándola con el orden, porque libertad sin medida y que no está fundada en principios de sana moral y de justicia, antes que de progreso es base de perdición. Por fin, no olvidemos que la sangre de nuestros hermanos, que enrojece el suelo americano, clama al Cielo por la *paz*; y, cuando á la sombra bienhechora de ella tengamos ocasión, como en la actualidad, de ver estableciéndose los más sólidos fundamentos de adelanto y bienestar social, guiados de un gobierno protector de las libertades públicas y garantías constitucionales, pero al mismo tiempo, severo juez para corregir los abusos del libertinaje y la demagogia; bendigamos entonces, la memoria de esos hombres perillustres que supieron darnos Patria y Libertad; bendigamos, con la más grata efusión del alma, el Diez de Agosto de mil ochocientos nueve.

He dicho.

LIVINO COLINA.

SEÑORES:

He subido á este puesto sin merecerlo quizá; pero la ocasión, y ese amor propio, que es el amor á la Patria, han vencido, por fin, mis temores. ¡Cuánto he luchado por buscar una idea; pero ésta, como la fortuna, me han sido siempre ingratas!

Una pequeña luz, el soplo más débil, me habrían dado aliento, siquiera para decir: que el 10 de agosto de 1809 es la fecha en que se hizo la luz para nosotros; en que el Ecuador vino al mundo con el *hágase* de nuestros dioses de la libertad. Morales, Salinas, Quiroga y otros que, muriendo, quisieron redimirnos del pecado español..... de esa esclavitud más pesada que el crimen y más tirana que el tiempo, que todo lo destruye. A ellos les debemos la vida, porque hoy podemos disponer del pensamiento, de la voluntad y hasta del corazón, que eran esclavos. Estos abnegados mártires tuvieron en más la libertad que su vida; que la vida de sus hijos. Dejaron correr toda su sangre generosa y noble que, empapando y fecundando la tierra, hizo brotar el árbol del bien... el árbol de la libertad, cuyas flores más queridas y hermosas, sois vosotros, porque habéis venido á engalanarlo, y cuyos frutos, acariciados por una aura libre, saboreáis vosotros esta noche.

Peró todavía hay un nombre, Señores, que no me atrevo á pronunciarlo; pero que vosotros lo conocéis, y cuyo recuerdo, en este instante mismo, hace latir con más fuerza vuestro corazón. Si, no me atrevo á nombrarlo, Señores, porque la nada no puede expresar el todo. Es un ser sin otro ser: es el gigante del mundo, que sólo puede ser medido por la eternidad de su memoria.

En razón de uno de esos profundos é insondables secretos, aparece en la tierra trayendo consigo la inspiración y el poder, no de un hombre, sino de millares. Sube... se eleva sobre la humanidad entera, y dilatando su vista al través de los espacios y el tiempo, "los horizontes de Venezuela no son los míos, dice él, mi Patria es todo cuanto mi mirada alcanza," y extendiendo su poderoso brazo, coloca dos océanos por linderos. "Ahora, exclama otra vez, que se purifique la tierra, que se arranquen las malezas todas y que el bien se siembre por doquiera. Yo no quiero esclavitud, yo no quiero dolor, no quiero llanto: que las cadenas se rompan, que los verdugos se acaben y sus víctimas sean libres. Soy yo el Libertador, el anunciado ya, Simón Bolívar."

En el campo de la gloria, Señores, sólo hay dos seres que deben repartirse igualmente la admiración y gratitud del mundo: Simón Bolívar y Cristóbal Colón; porque el uno resuelve la inmortalidad del otro. A Cristóbal Colón es á quien le debemos, Señores, nuestras creencias reales, que son el consuelo en los sufrimientos con la es-

peranza del cielo.

Este genovés inspirado presiente un mundo á mil leguas del suyo, y lo contempla y lo palpa tan sólo á favor de su mirada inmensa. No piensa en más: salvar esa porción humana es su fiebre, es su delirio. Propone, discute, lucha y, por fin, venciendo la averración española y la ciencia, anhelante, desesperado y loco se arroja al abismo; manda dividir sus aguas, cruza por ellas, y levantando del seno de la nada un Mundo, "hé aquí la luz" les dice, y bañádoles con la luz del cristianismo, les devuelve su parte del cielo.

Señores, estos son los dos genios que no tienen semejante, á no ser la de ellos mismo. Estas son las dos figuras de la inspiración, del poder, del valor, del amor y, por fin, de la inmortalidad; porque si el uno nos ha regalado un Mundo, el otro nos lo ha presentado libre. ¡Viva el Libertador, Señores! ¡Viva el 10 de agosto! ¡Vivan los libres!

He dicho.

ELIOT GONZÁLEZ R.

Señores.

"Todo pueblo tiene su fecha y esa fecha recuerda un pueblo", lo dijo hace poco un célebre compañero nuestro. Esto es cierto, Señores, porque hoy mismo es la magna fecha de nuestra historia. Así como hay fechas para un pueblo, así también hay mañanas para ciertos días; y así, Señores, la de hoy, cargada de luz y de rocío ha vivificado las plantas, al extremo de que he visto á la humilde grama queriendo mecerse entre las palmeras; y con mucha más razón ha derramado el entusiasmo en el corazón de todo ciudadano, que ha empujado al último de ellos hasta este asiento, en donde el genio y el talento se han ostentado con primor.

El 10 de Agosto, Señores, no es la fecha de un pueblo: es, talvez, la de un Continente entero; pero para nosotros es especial; porque ese día de nuestro suelo salieron nuestros primeros Próceres que, sacrificándose en las aras

de la Patria, comenzaron á dar la primera cincelada sobre la férrea cadena de la esclavitud: esa sangre derramada y esas víctimas inmoladas fecundizaron el suelo de la Patria, y genios salieron á millares. De entre esos grandes hombres que cuenta la historia, salió uno extraordinario que con su propia mano, y tinta en su propia sangre, escribió ese estupendo Canto Épico para el Universo!, y dejando en la tierra rotos los eslabones de la funesta cadena con que el Tirano de la Ybberia nos tenía sujetos, *de sus viudas águilas seguido*, llegó al Empíreo. Veneremos á Ricaurte. Mas nada hemos dicho, Señores, todavía de un Gigante incommensurable que se destacó de entre todos y levantando su brazo hizo trizas las huestes del León enemigo: ese Gigante es el que hombreándose con Napoleón y Washington, les sobrepasa en talla; es del que con razón puede decirse lo que el célebre poeta Arolas dijo de Bonaparte:

“Coloso de la fortuna

Fundido para la guerra,

Con tu frente allá en la luna

¡ por pedestal la tierra.”

¡ Proclamemos incansables á ese héroe de los héroes, á quien el poeta consagrándole sus cantares, el pintor trasladándole al lienzo, el estatuario al bronce y al mármol y el historiador relegándole á la historia, le han vuelto inmortal! Llenos de entusiasmo saludemos al Gran Bolívar! Si, Señores, saludémosle con las palabras de aquel célebre sacerdote peruano: “Vuestro nombre crecerá con los siglos, como crece la sombra cuando el sol declina”, y en su memoria procuremos que la unión y la concordia sean la única divisa en esta querida Patria, hija de su invicta espada.

FIDEL CORRAL.

Señores:

Hay en la vida de las Naciones, como en la vida de los héroes, días épicos, por decirlo así, días para siempre célebres, en los que un pueblo ó un héroe se ostentan en todo su fulgor, si por la osplendidez de las ideas, si por el grandor de los sentimientos; ó, más bien dicho, porque llevan á felice cima hechos heroicos, que la historia,

reverente, acoje en sus páginas de oro para transmitir y asombrar á la posteridad. ¡Hoy es el día de nuestra Patria!

Suscinta, pero grandiosa es su historia. En una bella meseta de los Andes se levanta un pueblo, que talvez debe su pintoresca imaginación y su índole dulce y apacible, á la risueña vejetación de su campiña y á su sonriente y poética naturaleza. Este pueblo, S. S., lanzó en un día como el de hoy el mágico grito de ¡libertad! ¡libertad! Este eco glorioso, aún repercute á la distancia de tantos años!

No creáis, SS., que esos ilustres varones perecieron en el fragor de los combates... ¡qué héroes aquellos! Si dado les hubiera sido habrían ocupado las primeras filas de las legendarias huestes de Maratón y Salamina, Bailén y Zaragoza, de Junfa y Ayacucho. Pero dos veces santos, dos veces sublimes, elijen la aureola del martirio para fundar la libertad de América. Al grito de ¡libertad! se levanta el Tirano, no bastante grande para apagar sus ecos sublimes; pero sí bastante grande para hacerlos morir.

¡Oh! cuán fecunda es la sangre de los mártires! De la lobreguez de las Catacumbas brota la vívida llama en que rebosa el Universo; á la mustia luz de los calabozos de Quito se prende esa llamarada de la libertad; pero se apagó pronto como toda llamarada. Los héroes de este día, los girondinos de Agosto entonaron el himno de la libertad, apagando sus ecos sublimes con la última voz ahogada en sangre por el hacha del verdugo. Mas nada importa, SS., de esa sangre generosa nacieron Bolívar y Sucre, Ricaurte y Policarpa Zabarrrieta, de los que nada sé decir, sus nombres lo dicen todo; pues en el hablar elocuente de un escritor ilustre: "El mártir es más que el héroe, por cuanto el sacrificio consumado por las ideas sublimes, por las causas grandes, no es sinó el heroísmo que se extrema hasta el punto de cosa celestial".

Ascásubi, Quiroga, Salinas y Morales no son nombres que pertenecen al vulgo: forman, si me es permitido hablar así, el magnífico prólogo de la gran epopeya americana. Los primeros en la idea, los primeros en el peligro; ese grito de libertad lanzado á la luz de la América esclava, sorprende cual la primera estrella que alumbró el caos, cual la primera brisa que refrescó á los mundos, cual el primer himno que entonaron los hombres.

Los precursores en la Religión, en la Política y en la Naturaleza, parece que participan de los resplandores del Dios, del héroe ó del astro á quien anuncian.

La voz del que clama en el desierto, si es escuchada en las Sinagogas de los Pontífices, en los regios salones de los Monarcas y á las orillas del lago de Tiberiades, es porque anuncia con su profético acento al Divino Salvador del mundo. Si la aurora resagante y bella aparece en el horizonte con su manto salpicado de estrellas y su divina sonrisa, es porque precede al Astro —Rei de la Naturaleza. —Si los Ascásubis y Morales son inmortales en la historia es porque anuncian al héroe —Libertador, que, en breve término, debía escalar los Andes á paso de gigante, y con su brazo creador y poderoso colocar en el firmamento de América el espléndido sol de la libertad.

“Dulce y honroso es morir por la Patria.”

Esta frase inspiró á los Codros y Temístocles, á los Camilos y Escipiones, á los Salinas y Quirogas, á llevar su abnegación sin límites hasta lo sublime del sacrificio. Séanos siempre grata su memoria; derramemos flores sobre sus tumbas venerandas; y sintamos en su presencia el indecible arrobamiento de que habla el vate francés, cuando dice: “hay en la vida situaciones tales, en que cualquiera que sea la posición de nuestro cuerpo, nuestra alma permanece de rodillas”. ¡Llor y eterna gloria á los egregios mártires quitenses!

He dicho.

ANTONIO CEVALLOS.

SEÑORES.

No es la vana esperanza de futura gloria, ni la sedienta aspiración de honores, la que me impulsa ahora á dirijiros la palabra desde el lugar más distinguido del augusto templo de Minerva; pues vosotros, si tenéis cual yo, el corazón inflamado de amor patrio, y sentís esas sagradas emociones incapaces de ser explicadas por el hombre, justificareis mi altivez y mi osadía al haber quizás mancillado la tribuna con mis indignas plantas;

pero sé que tengo derecho para solazarme en las glorias de mi Patria y arrancar una flor del Pindo para consagrarla, cual oblación sincera, á la inmortal memoria de los inclitos mártires de la libertad americana.

Ynerme nuestra Patria dormía indiferente á las plantas de un Tirano, cual si no hiciera caso ni de su baldón presente ni de su afrentado porvenir. Pero no, que también existen ilustres hijos cuyas alborotadas fantasías, reconociendo sus sagrados derechos, conciben la grandiosa idea de emancipar su Patria; y sienten en su noble pecho el fuego del entusiasmo en que arde su corazón patriota; y fluctuando entre la duda y la esperanza; entre el honor y la infamación; entre la esclavitud y la libertad; se lanzan denodados, aunque impotentes, resueltos, más bien, á morir con honra antes que vivir vilipendiados. Y cual débiles cañas que en balde oponen resistencia al enfurecido huracán que las troncha, ó cual corderos inocentes que se precipitan á las garras sanguinarias de la fiera, son víctimas inmoladas en holocausto de la libertad. Y esa heroica sangre que, en torrentes, se desliza por la tierra esterilizada por la inicua planta del despotismo, es suficiente para fecundarla. Y desde ese instante, cifrados con letras de diamantes, ocupan una página de oro en la historia de la Patria, los nombres de Morales y Salinas, de Ascásubi y Quiroga, de Peña y Villalobos, de Vélez y Larrea y otros ciento. Y en una negra página, grabados con caracteres de sangre, los del menguado Conde Ruiz de Castilla, del sanguinario Monteverde, del pérfido Sámano, del cruel Payol y de otros.

Pero no queda en esto, Señores; que existe un hombre de volcánica cabeza, de noble corazón, de alma de fuego; el Genio de la guerra, el Dios de la fortuna, el Libertador de un Mundo; y este es Bolívar, que, entre el dorado cúmulo de ilusiones que fascinaba su mente juvenil, había alimentado, como la más grata y halagüeña, la de emancipar su Patria. En su viaje á Roma, exalta su imaginación con el recuerdo de esta ciudad, trazada apenas por los dedos de Rómulo para luego ser la reina del Universo; y al visitar el Monte Sacro se siente inflamado de una misteriosa inspiración, mira en lontananza cifrado el porvenir de un Mundo y la gloria de su nombre, y una chispa de entusiasmo prende la hoguera del patriotismo que ardió en su pecho, inextinguible, y jura allí libertar su Patria ó morir por ella. Y más tarde lo vemos rotándole al Tirano y desafiándole al cam-

po del honor. Pero al principio le combaten sin cesar los reveces de la suerte, los caprichos de la fortuna, y él sufre resignado y se muestra como el modelo de la constancia en las penalidades de la guerra. Pero es glorioso su destino aquí en la tierra, y talvez la historia no presenta otro hombre que, á fuerza de una tenaz perseverancia, haya, al fin, llegado á fatigar y domar á su ingrata suerte, hasta ponerla de su parte; y va de triunfo en triunfo, haciendo bambolear el trono de la tiranía; y cada victoria, pregonada por la trompa del destino, entre el fragoroso estampido del cañón y el belicoso rechinar de la metralla, es el escalón de oro, alfombrado de laureles, por donde va subiendo hasta el apogeo de su gloria.

Un sagrado deber de justicia me obliga, Señores, á levantar el velo del pasado, que venimos recorriendo, y tributar un homenaje de gratitud á la imperecedera memoria del nunca bien alabado, aunque harto cantado por los poetas, Capitán Antonio Ricaurte, cuyo sublime sacrificio ha exaltado la admiración de las generaciones posteriores. Vosotros, como yo, sabéis la heroica historia de este inmortal soldado; pero permitidme que me complazca én recordaros. En ningún pecho republicano que sienta un generoso orgullo por las glorias de su Patria, se extinguirá jamás el recuerdo de esos grandiosos hechos que honran y enaltecen la memoria de sus actores; y así vosotros no habréis olvidado aún de la sangre derramada en las llanuras de Sanmateo, en la memorable jornada del 25 de Marzo, cuando Ricaurte se hallaba á la cabeza de 50 hombres guardando la *Casa de ingenio*, propiedad de Bolívar y depósito de un abundante parque, único y positivo tesoro del ejército republicano. Habiendo sido rechazadas las fuerzas realistas del campo defendido por Bolívar, una gran parte de ellas se dirige á la sitada *Casa de Ingenio*, con el anhelo deseado de proclamarse dueños del inmenso parque que tanta falta les hacía.

Bolívar que observa este acertado movimiento del enemigo, movimiento mortal para su causa, y no pudiendo abandonar su sitio, se resigna á soportar este golpe fatal de su destino. Pero Ricaurte como conceptuase inútil el sacrificio de su gente aventurando una descabellada resistencia, la ordena replegarse al grueso del ejército. Al ver los españoles que la casa era abandonada por la enemiga gente, lanzan á grito herido la

voz de la victoria, y se precipitan ansiosos sobre la codiciada presa. Ricaurte lleno de tranquilidad, aguarda sereno que se le acerquen y prende fuego á la pólvora; y el belicoso estampido del incendiado parque y el sublime sacrificio de este mártir de la independencia, hacen retremblar al mundo sobre sus ejes de diamante, y la fama pregonera, azotándose las alas, vuela presurosa del uno al otro confín murmurando entre las ondas del viento el simpático nombre de Antonio Ricaurte, quien con sólo este hecho legó á su Patria un venturoso porvenir y á su nombre la más exelsa y bien merecida gloria. Desde entonces siguen destrozando la dorada cadena de la esclavitud, y esos despedazados fragmentos sirven de metralla al cañón libertador que ha resonado en mil sangrientos combates.

Veninos, Señores, recorriendo punto por punto los principales acontecimientos de nuestra emancipación política, y es llegado el momento en que lo veamos al invicto Sucre, después de tantas pesarasas cuitas y angustiosas penalidades, coronar la nivea cumbre del Pichincha con los primeros resplandores de la blanca aurora que despertó temblando al español realista, en la mañana del 24 de Mayo. Cunde el terror y la turbación en los forajidos escuadrones, y en su despecho, resuelven tomar la misma altura para combatir con iguales ventajas que el enemigo; y llega jadeante el Catalán; pero llega tarde. Traban la lid, y cada instante se enconese más. Sólo se oye el aterrador silbido de las balas y el rudo resonar de las espadas que dan y vuelven redoblados golpes; y el sol que ha llegado á la mitad de su carrera, se envuelve con los vapores de la hirviente sangre, cuyas purpurinas chispas, temblorosas sobre los cristales del Monarca, parecen corales esparcidos en un campo de diamantes. Cuatro horas dura esta batalla cruenta á los bordes de un volcán, terminadas las cuales se entonan los himnos de la victoria al Señor de los ejércitos, que, desde sus alturas, aplaude á este adalid glorioso de la historia que consumó la libertad de nuestra Patria, y cifó su frente con coronas de siempre-vivas concediendo la inmortalidad al nombre de Sucre; y las densas tinieblas del despotismo huyen avergonzadas de la esplendorosa luz del sol de la libertad.

Ya veis, Señores, cuán justa aunque sangrienta fue la lucha de nuestros padres, y cuán grandiosa esa

epopeya que conocemos con el nombre de la independencia de América; y sabéis también la negra ingratitude con que pagaron á Bolívar los pueblos libertados por su espada; y si de esto dudais, miradlo agonizar en Santamarta, apurando hasta las hezes el acidurado cáliz del desengaño, sin que haya una persona, protectora que alargue su bienhechora mano para cubrirle con el fúnebre sudario. Pero los laureles que en el campo del honor conquistó Bolívar, no se marchitarán jamás: esos laureles empapados en la sangre fecunda de los héroes y teñidos por el humo del cañón, renacen más lozanos sobre la tumba gloriosa de Bolívar; y nosotros de año en año nos congregamos amorosos, y llenos de un orgulloso placer, solemos limpiar los pétalos de esas flores empañadas por el polvo del olvido.

Más de medio siglo, Señores, lleva nuestra Patria de ser República independiente, y nosotros hundidos en el indiferentismo nada hemos hecho en pro de su buen nombre, nada por conquistarle un lisonjero porvenir. ¡Madre desgraciada! exangüe víctima muchas veces de tiránica opresión. Pero hoy es libre, y en el glorioso santuario de su libertad, no se quemará jamás el meneguado incienso de la infamante esclavitud. Hoy somos libres, Señores, y nuestros padres nos enseñaron á pisotear el pendón de los tiranos. Ellos nacieron esclavos despreciables; pero supieron desbaratar la misera coyunda y erguir la orgullosa frente que supo desdeñar al despotismo. Nosotros no olvidaremos jamás ese noble ejemplo. Nosotros también sabremos erijir de nuevo el trono de la libertad sobre fraticidas cráneos, si por desgracia los negros nubarrones de la servidumbre empiezan á empañar los arboles de nuestra gloria. Nosotros seremos libres! nuestro pueblo soberano! Jamás los hijos de Colón y de Bolívar dejarán de arder en el fuego volcánico de su tierra. Siempre el glorioso lema de LIBERTAD, se ostentará en la blanca frente del exelso Chimborazo, el colosal Monarca de los Andes. Hoy somos libres y lo seremos, mientras sepamos conservar el inestimable tesoro de la propia dignidad; pero algo nos falta, Señores, para complemento de esa libertad; algo sin lo cual no podemos saborear los bien cumplidos placeres de este supremo bien. Restános aún una gran conquista; la conquista del progreso civilizador en la nebulosa esfera de la ignorancia. Y cuando veamos desaparecer esas frías tinieblas acosadas por la luminosa

antoreha de la civilización, podremos llamarnos verdaderos hijos de una tierra libre; y en otro día como este, henchido el pecho de un venturoso orgullo y con la efusión sincera de un corazón patriota, podremos rendir un homenaje más digno al inmortal 10 de agosto de 1809. *

He dicho.

J. Adelberto Araujo.

ILUSTRADO Y CULTO AUDITORIO:

Impulsado por el patriotismo, exaltado con el recuerdo de heroica acción librada en fecha magna que conmemoramos, delirante mi febril imaginación al evocar los sagrados manes del 10 de Agosto de 1809, me veo precisado á dirijiros la palabra, palabra balbuciente, tímida, mal coordinada, es verdad; mas entretanto aceptadla como la expresión genuina de mis sentimientos, como el pequeño óbolo que deseo depositar en aras de aquéllos inclitos varones, mártires de la libertad, apóstoles del derecho, redentores de un mundo, estrellas del porvenir, fundamentos de civilización y progreso, faros luminosos que alumbran el tempestuoso Océano do surca nuestra nave política y social.

Recordemos, Señores, con veneración profunda los históricos nombre de las ilustres víctimas sacrificadas por el ostrogodismo español; de los que nos dieron Patria y libertad; de aquéllos que en postrer momento, al despedirse de su ingrato suelo, nos legaron el preciosísimo tesoro del sentimiento, de la verdadera dignidad humana, inapreciable bien, origen y fecunda fuente de innumerables bienes, raíz prdijiosa do se levanta frondoso y exhuberante el benéfico árbol de la civilización; de aquéllos que allende el altivo Pichincha, en medio de cruel tormento y próximos á la tumba, serenos ante inminente peligro, dejaron inscritos ante el pórtico del palacio de los déspotas, con careteres indelibles, caracteres de sangre, Señores: "Que la tiranía es impotente ante el influjo de una idea progresista, que cuando se empuñan los poderes opresores por oponer diques á la inpetuosa corriente del progreso; que había llegado

la hora feliz de la emancipación del tutelaje español para la desgraciada América, debiendo reconocer su soberanía y vivir vida independiente y libre."

Hubo un día, Señores, en que ciertos espíritus de elevadas miras entreabriendo el espeso velo de incierto porvenir, alcanzaron á divisar en lejanas tierras mundos de felicidad desconocidos; divisaron que los que gozaban de aquellos mundos eran de la misma naturaleza que ellos; alcanzaron á ver que aquéllos seres de altiva frente, erguido cuello, mirar brillante, faz animada, tenían reciprocidad de ideas, dominando entre ellos la confraternidad y la esplendorosa libertad que iluminaba tan ambicionado recinto. Allí la autoridad era tal, no un Tirano. Los hombres ciudadanos, no esclavos, en pleno goce de sus derechos, afianzadas sus libertades, reconocida la igualdad, amantes de la paz, decididos por el trabajo. Su principal divisa grabada con letras de oro, en el frontispicio de la Ciudad y en los pórticos de sus templos decía, *Libertad, Igualdad y Fraternidad*. Su principal objeto era el progreso creciente de su Patria, su vida ocupación permanente. Aquel día, Señores, fue el de la solemne reunión de los iniciadores de nuestra emancipación política; aquéllos espíritus de elevadas miras, los inmortales y venerandos héroes Morales, Ascásubi, Salinas, Quiroga y más ilustres; aquel mundo tan hermoso: la República, los ciudadanos republicanos — demócratas. Su Autoridad, el Libertador de Sud-América, el inmortal Bolívar.

En verdad, Señores, que la historia de nuestra desgraciada Patria, hasta hoy sitio predilecto de hecatombes sangrientas, no ha correspondido todavía á los sacrificios de nuestros padres: su tarea fue impropia. Sometida la América del Sur al poder absoluto de España la misma que cuando conquistó el Nuevo Mundo vino con el lábaro de la Cruz en la mano y desde el pimer instante le hizo servir de instrumento de sus desmanes, y trató, blasfema, por medio de sus inicuos representantes, de transformarla de religión humanitaria y divina en religión de ferocidad y de medro, enemiga del hombre odiosa y egoísta, amiga de la esclavitud y del más cruel despotismo; trastornando de esta manera violentamente los fundamentos de nuestra religión; religión de paz y de amor, vinculada en el progreso creciente y felicidad del hombre; religión de mansedumbre, moralidad del carácter y costumbres de los pueblos; religión que te iniciates con el sacrificio del Hombre—Dios, divinizando el martirio y el más denigrante suplicio, cuando se lo soporta por una

idea salvadora, por un principio justo, dejando así elocuente y sublime lección para la humanidad. Faltaría á la verdad y á un deber de estricta justicia, sino excluyera de tan criminal procedimiento á poquísimos varones, dechados de virtudes, verdaderos ministros del Cristianismo, entre los que aparecen el padre Las Casas y pocos más, como lucientes estrellas en medio de la espesa noche que contemplamos.

Dominada, os decía, Señores, nuestra Patria por la despótica y potente corona de Castilla, bajo el yugo de ese poder absorbente de todos los derechos y libertades del hombre; constituidos los ciudadanos en esclavos perpetuos, atrevida fue la gran obra de la independencia. Empero, la Providencia que dirige la ley ineludible del progreso, alumbró las inteligencias de nuestros Libertadores, inflamó su corazón con volcánico fuego, hasta el punto de que, á pesar de la humillante esclavitud de entonces, y en una de las más apartadas regiones, se dejó oír el estupendo grito de alarma, que cual roncoco son fue repercutiéndose en las en crucijadas del Continente americano, despertando del letargo á los que en él yacían, y uniendo voluntades y preparando héroes para la estupenda lucha que debía tener lugar entre el progreso y el retroceso, entre la libertad y el despotismo. Quito! la heroica Quito fué la cuna de nuestra independencia, el predilecto lugar donde asomó por primera vez el radiante sol de la libertad á inflamar sus pechos sedientos de independencia; la escogida para dar el primer paso en la gran revolución política y social en jendrada por el progreso, á pesar de los obstáculos colocados por el retrogradismo.

Bien sabéis, Señores, la serie de los posteriores acontecimientos y no quiero fatigar vuestra indulgente atención; pues adoradores de vuestra Patria habéis estudiado su interesante historia; habéis profundizado y comprendido, con legítimo y santo orgullo, que en la capital de nuestro idolatrado suelo, allí en el seno de la sultana del Pichincha se dió ese primer grito, revelación genuina del reconocimiento de la dignidad humana, de la legítima soberanía del pueblo; sacratísima revolución de la conciencia ofendida por la sustracción de su libertad, dada por el Ser Supremo é inherente á la humana especie. Mediante ese primer grito, germen prodijioso, se difundió la simiente de la libertad en todo pecho americano; mediante aquella revelación del espíritu se forjaron héroes aquilatados en el crisol del patriotismo y

pasaron á la posteridad empapados de gloria inmortal, resaltando entre ellos el gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre, Ricaurte, Páez, Córdova y demás de imperecedera memoria, á quienes tributamos el debido homenaje de nuestro respeto y adoración.

La estupenda epopeya de la Independencia americana nos la dejaron coronada nuestros padres; algo más, Señores, nos dejaron iniciado el camino del progreso. Á nosotros nos toca la continuación de tan grande obra, sino queremos ser indignos del bien y sacrificios de ellos; sino queremos ser merecedores de la esclavitud, contrarios á los designios de la Providencia: Ella dirige las sociedades camino de la civilización; y por ardua que parezca la empresa, existiendo fe en una idea todo es hacadero. Hechad una mirada á los mártires del cristianismo y vereis que ellos, á pesar de la impotencia en que yacían, del infortunio que por doquier los acompañaba, iban adelante camino de su idea; pues tenían fe en su religión, fe poderosísima en su triunfo. Contemplad á Sócrates apurando la ciencia y triunfando la verdad. Galileo en el suplicio y la ciencia dominando en el mundo. ¡Felices seres los destinados por la Providencia para tan altos fines!

La fe en nuestro progreso la conseguiremos, Señores, mediante la ilustración y el amor al trabajo; pues los dos enjendran el amor á la libertad y esta, á su vez, nace del progreso; pues la ley del progreso y la ley del trabajo son leyes correlativas. Desgraciada la sociedad donde sus miembros no tengan ocupación; allí vereis surgir vicios cincuenta, y como consecuencia de ellos y de la inmoralidad consiguiente, la aptitud para esclavos. Infelice de la sociedad donde sus miembros tengan apatía por las letras; pues en medio de su invencible ignorancia optarán por la servidumbre. La libertad nace, Señores, de la ilustración de un pueblo y de su ocupación, y como consecuencia viene su progreso creciente. El amor á la ilustración y la decisión por el trabajo enjendran en las sociedades amor á la libertad, odio á la tiranía.

Sí, Señores, mediante la ilustración y el trabajo conseguiremos seguir la ruta designada por nuestros padres, avanzaremos en la vía del progreso, tendremos instituciones que garanticen nuestros derechos, afiancen nuestras libertades, y á la sombra de ellas gozaremos de la paz bienhechora, fruto legítimo de la libertad. Hablo de esta paz, Señores, que nace al amparo de la libertad

no de aquella que se presenta en los aciagos días del despotismo; paz de los sepulcros, que no enjendra otra cosa que viles guzanos, asqueroso fruto de la podredumbre social.

Sigamos el ejemplo de nuestros hermanos de la Patria de Washington, más feliz que Bolívar; pues mientras Norte—América marcha á pasos agigantados hacia el Olimpo de su grandeza, Sud—América, y muy especialmente nuestra desgraciada Patria, á paso tardo, avanzando poco y retrocediendo más! Bolívar tú fuiste el brazo prepotente, la acción directora y complementaria de nuestra emancipación; mediante tu poderosa inteligencia, tu espada sin rival, tu incandescente amor por la libertad, veterano en la civilización, tomaste á pechos la redención de nuestra Patria, y á la cabeza de falanjes de adalides, envidia de la soberbia Europa, arremetiste invencible hasta conseguir el triunfo de sagrada causa! Mi palabra débil, mi pluma insuficiente, mi inteligencia diminuta, conmovido mi pecho, contúrbase mi espíritu ante vos ¡Genio colosal, asombro del mundo, sublime concepción del gran siglo, espíritu pujante de la humanidad, insigne obrero de la civilización, verdadero Padre de la Patria! Dirigid una mirada al mundo que libertasteis, fijaos en la sociedad que jamás os fue ingrata, para que recordando siempre que adorasteis la libertad hasta el sacrificio y que vuestra luminosa idea no fue otra que la del progreso, persigais infatigable por el heroico camino que le habeis trazado; para que la aureola de gloria inmortal que cinge vuestra frente sea para la desgraciada Israel, por el inmenso desierto que dilatado tiempo viene atravezando, la clarísima estrella que la conduzca feliz hacia el Sinaí de la civilización.

Sigamos, os decía, el ejemplo de nuestros hermanos de la Patria de Washington, República modelo donde á la par que las ciencias han tomado el vuelo de águila, las artes y benefactora industria la van levantando hacia la cúspide del Capitolio del Mundo, de este suntuoso Capitolio erigido por todas las naciones civilizadas en honor al mérito.

Interrogad, Señores, á los doctos maestros de la civilización y del progreso y todos os dirán. *Ilustraos y trabajad y seréis libres, y siendo libres no habrá tiranos en vuestra Patria.*

Juventud, esperanza de la Patria; juventud compatriota mía, á vosotros en especial me dirijo, á vosotros en cuyos pechos siento latir convulso vuestro corazón inflamado por el amor á la libertad, en cuyas mentes veo brillar la antorcha de la civilización alimentada por el vivificante fuego del patriotismo; sabéis las lecciones legadas por nuestros libertadores, las profundas máximas que debemos grabarlas indeleblemente en nuestras inteligencias para tomar parte en el estupendo combate de la civilización con el oscurantismo. Soldados del progreso, puesta la mira en la felicidad de nuestra adorada Patria marchemos paso de vencedores hacia el triunfo de la civilización, afrontemos nuestros pechos á los tiros del oscurantismo; y verdaderos legatarios de los héroes de la independencia Sud-americana, optemos intrépidos ó por la gloria del triunfo ó por la gloria del martirio.

H. DICHIO.

JOAQUÍN LARREA.

ILUSTRADO PÚBLICO:

Si el día de hoy, Señores, es grande en los fastos de la historia; si todos los partidos de cualquier color político que sean, deponen la tea de la discordia en aras de la amistad, y corren en tropel al Altar de la Patria, entonando himnos de gloria á los ilustres campeones del 10 de Agosto de 1809; si el Ángel de la libertad bate sus candidas alas en el seno de nuestros lares; y los inspirados vates, en bella poesía, cantan las glorias nacionales; y el filósofo investigador y el humilde labriego, la púdica doncella y el encanecido anciano, sienten encenderse en el pecho el fuego de la libertad, expresando cada uno á su manera, el reconocimiento y la admiración, en los afectos del más dulce y tierno amor á los mártires que rompieron la aurora de nuestra emancipación política; justo es, Señores, que también el último de los hijos de esta amada Patria, como quien aumenta una gota de agua á la inmensidad de ceru-

los mares: arrebatado por las emociones que bullen en un corazón henchido de entusiasmo patrio; haciendo un supremo esfuerzo, venciendo las dificultades de mi insuficiencia, y sobre todo, sin dar oídos á la crítica mordaz que censurar pudiera mi temeridad; tan sólo guiado por ese secreto impulso que comunica el recuerdo de las acciones heroicas de los Grandes, me presento ante este concurso respetable, con el fin único de dar enorgullecido, un saludo á los primeros héroes que inauguraron con su sangre nuestra regeneración política.

Feliz el hombre que las sensaciones de su alma pintarlas sabe; feliz el bardo que, para expresar mejor sus pensamientos, se vale de plácidas imágenes; pero, ya que tales dotes no me han sido concedidas, recíbame á lo menos el vehemente deseo que en el alma siento de encomiar las hazañas de los ilustres héroes de la Independencia americana.

La fecha, el lugar, la imagen de aquellas venerandas sombras que ahora discurren silenciosas, recogiendo los cantares de cien generaciones, de uno á otro confín de la América libre; el objeto mismo de esta reunión; todo, todo nos recuerda la grandeza del asunto que nos ocupa; y excita en nosotros el sagrado deber de rendirles hoy el tributo de nuestros homenajes á tan valerosos defensores, Padres de la Patria emancipada.

Presentes están en el alma de todo ecuatoriano sus grandes heroísmos, su patriotismo y abnegación; á fuer de los que conquistaron nuestra libertad y su gloria. Nuestra libertad, porque hemos disfrutado en parte sus encantos, paladiando tan dulces y sabrosos frutos: su gloria, porque grabada en los pechos de sus hijos, y compaginados en la historia, vivirán revestidos de la esplendente aureola de la inmortalidad, allá en la mansión de los héroes; porque no tenían otra ambición que la del recaudo de su honra vilipendiada y de sus derechos pisoteados por la inicua planta de tiranuelos sin nombre; que apoyados en el trono Español, oprimieron por más de tres siglos á la Virgen americana, sometién-dola á la más humillante esclavitud. No pudiendo tolerar por más tiempo, tirantas inauditas de mezquinas ambiciones, se lanzan nuestros esclarecidos antepasados en el campo de la guerra, sin contar para ello con elemento alguno; y, sin considerar los peligros, acometen la audaz empresa de ahogar en su propia sangre al temible León de la indómita España. Afilan sus espadas, vuel-

lanzan á la guerra, y llenos de ardimiento, empeñan con toda la pujanza de su irresistible brazo, en el nombre de Dios y de la Patria, la lucha más sangrienta que han visto los siglos, contra el formidable Poder del despotismo español empeñado siempre en domeñar la altivez americana de sus egregios patricios. Mas, el cañón de la libertad congrega á los ciudadanos bajo el dorado pabellón de la Patria, y les anuncia que ya la América, esa Virgen ultrajada, que ayer nomás, llena de dolor, consideraba sus galas despedezadas; marchitados sus encantos y desgarrado su alvo pecho por impuras manos, verá dentro de poco desaparecer ante sus nublados ojos, el denso velo de la opresión y tiranía; centellando sus hechizos á la clara luz de la libertad conquistada.

No de otra manera que cuando el sol devuelve á las flores los colores que habían perdido durante el imperio de las tinieblas, ellas recobran su lozanía meciose suavemente al delicado ambiente matutino; así sus fieles hijos, [Nuestros mayores] cual fúlgidos astros, dieron vida á esta candorosa Madre, sumida tiempo ha en la funeraria lobreguez del cautiverio; á trueque sí de sus particulares intereses, y lo que es más, de su propia vida. Su sangre humea aún, y sin embargo la Patria sentada sobre los restos de los que ya desaparecieron, llora inconsolable los extravíos de sus nuevos hijos, que con los rudos golpes de revueltas intestinas, angustian su existencia y la sujetan á un martirio continuado. En verdad, Señores, concretémonos á nuestra República, miremos sus épocas y nos convenceremos de esta verdad. Lastima es que en esta escasa hermandad de cenatorianos, la mayoría quizá, se componga de demagogos implacables, enemigos de todo principio social: testimonio nos dan de esto, las diarias guerras fratricidas que lamentamos. Por desgracia en nuestro caro suelo, ha echado profundas raíces la venenosa semilla del intirés y la ambición; siendo sus amargos frutos la divergencia de partidos, la envidia, el odio, la venganza, y porfin la guerra, teatro sangriento en cuyas escenas, á la discordia sigue la opresión, á la escasez el hambre y las lágrimas, á la paz las fatigas y la muerte.

Nobles hijos del Mundo de Colón, preciso es arrancar de nuestros pechos todo sentimiento que mancille nuestra honra: sepamos ser libres, mas no libertinos; jamás infecione nuestra alma el corrosivo aliento de pasiones pasioncillas de partido; defendamos á mano ar-

mada nuestras garantías y derechos, pero no odiosidades ni particulares venganzas: sea todo nuestro anhelo el amor al trabajo, al progreso, á la civilización y al engrandecimiento de la Patria. No despreciemos los ejemplos que nos legaron con sus hechos las nacionales antorchas que iluminaron nuestro cielo, enseñándonos el camino que hemos de seguir, si queremos gozar de los apetecidos frutos de la paz, á la sombra de aquel frondoso árbol de nuestra emancipación política, fecundada con la ilustre sangre de campeones valerosos que, en el campo del honor, murieron con las armas en las manos.

Federico Acevedo.

SEÑORES:

Vengo preocupado por una idea, y el manifiesto, en estos momentos solemnes, es una necesidad de mi alma.— Os veo, respetable Público, congregado segunda vez en memoria de la grandiosa fecha que celebramos, y mi corazón de americano se levanta, mi orgullo nacional se ennoblece y mis aspiraciones de riobambeno van acercándose á su fin.

Á vos, Juventud, esperanza del porvenir, hija predilecta del progreso; á vos quiero dirijiros mi palabra, rindiendo antes mis homenajes de consideración á la culta sociedad que me escucha.

Ha más de medio siglo que la América latina se titula soberana é independiente. Los años se suceden con rapidez unos tras otros, y los nombres de los primeros mártires de la libertad llegan hasta nosotros y van pasando á la inmortalidad, con una aureola de luz que nos alumbra y nos encamina á lo grande.

El grito lanzado por los quiteños en 1809, y cuyo recuerdo nos tiene reunidos hoy, no es el único que nos devuelve la dignidad de hombres con el dominio de nuestros derechos. Si no aprovechamos de las lecciones dictadas á nosotros desde los calabozos ensangrentados el dos de Agosto de 1810 en Quito; si miramos á Bolívar, como los paganos á sus Césares, tan sólo mientras halague nuestro amor propio, ¿qué adelantamos....?

Mirad!— Nuestra América ensangrentada desde Pizarro hasta nuestros días, es nada menos que una Virgen agonizante, cuya última gota de sangre, vertida por sus ingratos adoradores, salpicará sobre la lápida de una tumba de deshonra é ignominia.

Las faltas de meditación acerca de nuestra historia y de educación política, nos precipitan á la revolución, y la revolución nos está precipitando á la miseria y al empujamiento.

¿En dónde están los prohombres del 2 de Agosto y otros mil patriotas, víctimas de la libertad que nos han legado? ¿En dónde está Bolívar, el infatigable Genio, depositario de nuestra libertad? Ah! Señores, las manos de la tiranía ó de la ingratitud segaron esas vidas; pero ellos vivirán siempre en la memoria de los pueblos por quienes se sacrificaron. Sólo resta que sigamos sus huellas, que conozcamos sus desinteresadas miras y que rompamos las cadenas de la esclavitud de nuestras pasiones políticas. Ellos nos miran con paternal cariño desde sus tumbas, y se lamentan de que el fruto de sus esfuerzos haya sido arrancarnos de la dominación extranjera, para que nos matemos con más libertad entre nosotros.

A vosotros os toca, oh! jóvenes, restaurar la honra nacional, por la que pelearon y se sacrificaron nuestros antepasados. La América se ha dado el abrazo de paz con la España: la obra de Bolívar ha terminado ya en este sentido. Volved vuestros ojos á la historia: contemplad á los héroes que nos dieron Patria y aprended á ser grandes, como ellos, en la paz; sí, Sres., en la paz, que es el símbolo del verdadero patriotismo.

Permitidme que concluya pidiendos, que eduquéis al pueblo recordándole las glorias nacionales, enseñándole la historia del verdadero amor patrio, con escenas semejantes á las que os ofrecimos hace un año, y os estamos ofreciendo esta noche. No le pervirtáis, hablándole de tiranías que no existen, ni enseñándole á ser insurgente por sistema. Dejad que nuestros legisladores, ora imprudentes, ora imprevisivos nos amenacen: el pueblo educado hace desaparecer de hecho las leyes tiránicas.

Enseñadle á ser Grande con el trabajo; á hacer revoluciones con el trabajo; á conquistar su honra con el trabajo; y así habreis correspondido al honor y gloria de nuestros mártires de la independencia.

JULIO ANTONIO VELA.

EL ECUADOR CAUTIVO.

Negro crespón de vergonzosa infamia
Pesaba sobre América indolente,
Y el despotismo ibérico insolente
Dominaba la tierra de Colón.
Esclavos ignorantes y cobardes
Eran entonces nuestros padres mismos,
Y existían sumidos en abismos
De ignominia, de afrenta, de abyección.

Bajo un sudario de oprobioso luto
Sólo se escucha rechinar cadenas,
El llanto del esclavo entre sus penas
Y el azote tirano del Señor.
Nadie se atreve á respirar siquiera,
Ni sacudir pretende la coyunda;
Pues la herida despótica, profunda,
Ha aumentado en su mente el estupor.

Pero ¡ay! de aquel Tirano que se duerme
En reposo tranquilo y descuidado,
Habiendo mil suspiros arrancado
Al cautivo infeliz que aprisionó.
Pues el día terrible de venganza,
Dentro del pecho el corazón estalla,
Y volviendo pedazos la muralla,
La libertad recobra que perdió.

Unos y otros los días van pasando.....
Y, en amargor de su martirio insano,
Se despierta el esclavo americano
Contra el audaz ibérico León.
Y al grito aterrador de "gloria ó muerte"
¡Pobre Español! su trono ve en la tumba,
Bambolea un instante y se derrumba
Ante el tronar horrendo del cañón.

Doquier las sombras opresoras huyen;
Y ante el sangriento batallar, el Cielo,
Llenando el pecho en liberal consuelo,
Radiante muestra el sol de Libertad.
Y en esta tierra hermosa y bendecida,
Donde el cráneo del déspota blanquea

La sangre derramada que aún humea
Hace brotar la flor de la Igualdad.

Mas, quién dijera que esa flor de entonces,
A fuer de tanto heroísmo cultivada,
Bien pronto la vería marchitada
El hermoso verjel del Ecuador?
Marchita, sí, con el aliento impuro
Que ambiciosa respira la canalla,
Pisoteada al volar de la metralla
Que vomita el cañón en su rencor.

Me creís mentira? Contemplad un punto
Las guerras fratricidas que se empeñan:
La vida y bienestar ahí se desdeñan,
Sólo se oye la voz de la pasión!
Por entre charcas de caliente sangre
Corre un convoy de cráneos pedazeados,
Y al mirar á sus hijos mancillados
Ve rasgado la Patria su pendón.

¡Pobre Ecuador! perdido está en tu suelo
El descanso feliz republicano;
Tambaleante el Poder del Soberano
Y la muerte flameando en derredor.
¡Pobre Ecuador! tu límpido estandarte
Con pólvora lo ves ennegrecido,
Sólo se oyen los ¡ayes! del vencido
Entre el sarcasmo cruel del vencedor!

Basta de sangre ¡oh Dios! en esta tierra!
¡No más sangre desde hoy, Ecuatorianos!
¡No más sangre, que al fin somos hermanos!
Cultivemos la flor de la Igualdad!
Y si un día, sacrílego, quisiese
Ajar nuestros derechos un Tirano,
¡Oh pueblo heroico, pueblo Ecuatoriano,
Para siempre al menguado sepultad!

Que al Mundo así presentareis la prueba
De libre ser, cabal, independiente,
Y que lleváis grabada en vuestra frente
Esa idea feliz de salvación;
Esa idea feliz porque al recuerdo
Del 10 de Agosto de ochocientos nueve
En el pecho frenético se mueve

Orgullosa, entusiasta el corazón.

ANGEL F. ABAUJO.

SEÑORES:

"Como no sea la de Olmedo, cualquiera voz será desentonada, para cantar los hechos de la guerra de la Independencia, y trémula cualquiera mano, para razearlos según lo pide su grandeza," se ha dicho por un escritor célebre de nuestros días.

Pero, que nadie lo dijera, Señores; siempre ha de ser de lo más cierto que nadie descolgará dignamente, para pulsar, el arpa divina del Bardo guayaquileño, de allí, de la primera cornisa del templo de la Inmortalidad, en donde la han colodado el aplauso y la admiración de cuantos conocen nuestra lengua. Olmedo arranca de sus cuerdas sonidos inimitables, cuyos effluvios llegarán quizás á apagarse juntamente con todas las armonías de la Naturaleza, cuando esta hubiera agonzado en brazos de los siglos.

El estruendo del cañón; el ¡ay! del que se muere; el estridor de las armas; el grito del guerrero, tienen su eco propio, su voz imitativa en aquella maravillosa encordadura. Olmedo, el divino Olmedo, el inspirado artista, tiene en sus pinceles colores tomados de la misma Naturaleza, y traza sus cuadros con horrorosa exactitud: él estuvo presente á las escenas que nos muestra, y su pluma se ha empapado en la realidad de lo terrible. Necia y ridícula altanería fuera, pues, la de cualquiera que, abusando de la ocasión ó presumiendo de buen gusto, tratara de dar una sola pincelada más á aquellos cuadros que, por suprema perfección, esquivan toda añadidura. El que ha escrito estos renglones no los tocará ni por el marco. Sin ínfulas de poeta, y peregrino hasta cierto punto á nuestra historia, nada describe ni relata de los hechos de la guerra de la Independencia: se limita á ensalzar con rústico acento, el último resultado de esos hechos—la emancipación de la Patria—y á Dios plugue que, siquiera de un modo incompleto, correspondan á su intento las siguientes escuélidas estrofas:

CANTO PATRIOTICO.

Ven, hora es ya, mi Musa, ven lijera;
Ven, condúceme al templo de la Gloria;
No por darme allí asiento, que esto fuera
Tan soberbia ambición, cuanto ilusoria.
Vamos á venerar, tú la primera,
Hombres y hechos que forman nuestra historia;
Hombres y hechos, con cuales la era empieza
De nuestra heroica nacional grandeza.

Ven, condúceme al trono que levanta
La Libertad del Mundo americano:
Templa tu lira allí, preludia y canta;
É infúndeme tu aliento Soberano,
Para ensalzar al Genio que quebranta,
Con sublime denuedo, el yugo hispano,
Volviendo en bayonetas al Ibero
De sus cadenas el infame acero.

¡Pero tardas, mi Musa....? No te aguardo;
Tu influjo indiferente es á mi intento:
No pretendo ni envidia ese del Bardo
Dúlcido, fluido y seductor acento.
Basta que el fuego abrasador en que ardo
Del pecho se dispare al pensamiento;
Y, que allí, los afectos que me inundan
En candentes ideas se trasfundan....

En candentes ideas, que confluyan
Cual un torrente eléctrico á mi boca;
Trasciendan á mi voz, y al Mundo arguyan
Del patriótico amor que me sofoca;
Y un igneo torbellino constituyan
Aun sobre pechos de nevada roca;
Si es dable un hombre, corazón de escoria,
Que no sepa estimar la patria gloria....

¡Salud oh Patria! Libertad divina,
¡Salud!... Cuando tu aliento al pueblo nuevo,
Toda virtud patriótica germina,
Todo germen de mal perece en breve.
Pueblo que te da altares, se encamina
Seguro hacia el progreso; si se atreve

Al abuso del bien, te pierdes en pena,
Y al dolor y á la afrenta se condena.

¡Salud oh Libertad! Tu amor impera
En todo corazón noble y ardiente;
Tu aliento vivifica y regenera
La Humanidad del Nuevo Continente....
¡Salud oh Libertad! Si hombres hubiera
Que no te den honor, en nuestra gente,
Desde hoy los rechazamos como hermanos:
Son, más que hombres, ictiólitos humanos.

¡Salud oh Libertad! Al sólo influjo
De tu mágico nombre, el Genio cría.
Ya en nuestros hombres tu ideal produjo
Mil monstruos de valor y bizarría,
Que, muriendo por tí, mueren con lujo....
Lujo de heroica abnegación, hac'a
Que ansiasen ser la víctima sublime,
Que hoy medio Mundo de Colón t'redime.

Sí, Libertad; tu soplo en dos instantes
Fecunda el seno de esta ilustre esclava,
Y engendra dioses, en el seno en que antes
El miedo suspicaz se alimentaba....
Hijos son de tu amor esos atlantes
Sobre quienes la Patria se elevaba;
Y serán de tu ilustre descendencia
Los que sepan honrar su independencia.

¡Salud oh Libertad! Tu voz conmueve
La infanda Monarquía, y extermina
Al soberbio español, que á tí se atreve.
Manda tu voz, cambiarse determina,
En diez de agosto de ochocientos nueve,
La suerte de la América latina.
Y así se cumplirá! Lo anuncia el grito
De independencia que ha lanzado Quito.

Así se cumplirá: cien mil titanes
Han surgido á la voz de "Independencia,"
En actitud de ejecutar los planes
Prescritos por la eterna Providencia.
Poco tiempo nomás, y ¡sus afanes
Habrán dado á sus hijos, por herencia.

Patria, luces, honor y noble muerte.....
¡Salud, Posteridad! tuya es la suerte.

Tuya es la suerte, sí; pues Dios propicio
Resuelve poner fin á nuestros males,
Y sólo exige una hostia en sacrificio.....
Ascásubi, Salinas y Morales,
Corred, santificad ese suplicio
Que os ofrece las glorias inmortales.
Id, segad del martirio honrosas palmas,
Y un santuario tendréis en nuestras almas.

Así estaba de Dios... Así era escrito
En su eterno, infalible Testamento;
Y hoy, que cumplido está, sea bendito
Ese sublime sacrificio cruento,
Por cuyo precio y mérito infinito,
Debía realizarse el Sacramento
De nuestra redención.... ¡Hosanna! Hosanna!
Á los que han muerto por la vida humana.

¡Salud, Posteridad!... En la alta esfera
De esta Patria, que sólo culto interno
Ha recibido hasta hoy, luce hechicera
La aurora que presagia un día eterno.
¡Salud, Posteridad!... Espera... espera,
Que va á hundirse por siempre en el averno
La noche perdurable de tres siglos,
Con sus sombras y duendes y vestiglos.

Trecientos años de dolor y afrenta
No han sido suficientes al Tirano,
Á fin de envilecer, como él intenta,
Al generoso Pueblo americano.
Y hoy que éste; trono y tiranía aventa,
Tiembra despañorido el Castellano;
Ptes con despecho, ve que sus esclavos
Son guerreros magnánimos y bravos.

Sino allí están los que la Fama advierte
Perincritos jayanes: Torres, Caldas,
Y Pombos y Mirandas... Si la Suerte
Les vuelve inexorable las espaldas,
El Ángel del dolor y de la muerte
Les teje preciosísimas guirnaldas;

Y la Gloria en su templo les da altares
Al trono de Bolívar laterales.

¡Oh! tiemble ya la coronada testa....
Su trono va á sufrir fatal desquicio.
Ya nuestros libres, cada cual apresta
Contra el número, arrojo y artificio:
Contra el valor, tenacidad: contra esta,
El orgullo del libre.... el sacrificio.
¡Oh! tiemble ya.... tomó nuestro estandarte
Bolívar, unigénito de Marte.

Bolívar, ese Genio, esa Figura
Hecha de hombre y valor, de luz y fuego;
El que, con voz de tempestad, conjura
Las tempestades del Destino ciego:
Ese, á quien basta, para ver su hechura,
Querer y emplear los medios y que en luego
De la suerte los hilos emmadeja:
Ese que nunca ante un poible cede.

Él es quien doma al monstruo de la Guerra:
No esperéis, imprudentes españoles,
Vencer al Inevitable de la tierra.
Él está allí: después de pocos soles,
Á vuestro Rey le probará que yerra;
Y de los Andes las sublimes moles,
Que arrimo dán á este ancho firmamento,
Castigado verán su atrevimiento.

Bolívar está allí....¿Qué más se espera?
Él nos conduce el divinal mensaje
Del bien que él mismo realizar debiera.
Bolívar debe ser aquél que baje
Y haga morir al sol tras la frontera
De la España, burlando la salvaje
Presunción del Monarca que asegura
Que siempre el sol en sus dominios dura.

Bolívar está allí....Tocó el Destino
La hora, para la Patria señalada,
De sacudir el yugo ultramarino.
Ni de Ruiz la traición asaz malvada,
Ni el puñal parricida y asesino
De los Cacos y Cascas, podrán nada.

¡Á la lid! ¡á la lid! goute patriota,
Seguid al español de rota en rota.....

¡Corra sangre española por raudales!
Ya se ha pagado al Cielo el precio de ella:
La sangre de Salinas y Morales
La Patria Independiente erige y sella;
Y al que osara tentar esos umbrales
Le hará traición su maldecida estrella;
Porque allí está Bolívar, ese fiero
Olimpico, terrible Cancervero.

Á la voz de "¡Á la lid!" se azuza y vuela
Á pelear y vencer: su voz retumba
Y del contrario el corazón se hiela:
En su mano la espada atroz derrumba,
Corta, divide, despedaza, azuela,
Y, con cada blandir, abre una tumba.....
Ese es Bolívar, ese el que despierta
Los hijos de la Patria, y les liberta.

Doquiera que él está terror difunde,
Y nadie afronta su terrible enojo:
Su brazo, como ciento los contunde;
Allí su espada va donde está el ojo
Y el orgullo español pisa y confunde.
Por su aliento creciente, por su arrojo
Y primor en matar, cualquiera advierte
Que le ha prestado su segur la Muerte.

Sino allí están, para eternal trofeo,
Que al Pueblo vencedor honra y consterna:
Junín y Carabobo y Sanmateo.....
Ó díganlo, de la manción eterna,
Los que á beber se fueron del Leteo:
Los Agualongo y Boves y Laserna
Y.... otros mil que la España inmortaliza
Que á Bolívar probaron en la liza.

"¡Triunfo!" aquí se oye; "¡Triunfo!" allí resuena
Y es cada campamento un cementerio:
La voz de "¡Triunfo!" los espacios llena,
Y redimido está medio hemisferio.
La luz de libertad llega serena
Á las masmorras que hizo el cautiverio,

Y beben de ella los nublados ojos
Del cautivo que ha roto sus cerrojos.

"¡Triunfo!" se aclama, y la Victoria bate
Por sobre el Vencedor, sus alas de oro,
Y acaba en el vencido el desbarate....
"¡Triunfo!" se aclama, "¡triunfo!" y se alza en coro
Hasta en el mismo sitio del combate,
Canto que ensalza el nacional decoro,
Execrando el poder odioso, extinto,
Del Pueblo guerreador de Carlos quinto.

"¡Triunfo!" se aclama "¡Triunfo!" y la Victoria
Le corona á Bolívar, y completa
Su apoteosis la Fama adulatoria.....
Cantan "Triunfo" el Guerrero y el Poeta.....
El Pueblo invade el atrio de la Gloria,
Y quema incienso al Vencedor Atleta
Hoy todo es pompa y dicha y alegría:
Ya eres libre y Señora ¡Patria mía!

Ya eres libre y Señora.... Dios te guarda,
Y bendiga los dias que te esperan:
Hoy bien puedes gozar y hacer alarde
De tus hijos que te aman y veneran.
Mas temo, ---temo que, talvez, más tarde
Tu honor y libertad concluir pudieran,
Sin que haya usurpación, ni haya conquistas,
Y sin que hubiera reyes ni realistas.

DANIEL LEON.

HIJNO PATRIÓTICO.

Loor eterno proclamen los siglos
A los héroes que dan libertad,
Noble Pueblo! la América es libre
Grato amor á la Patria jurad!

Viva siempre en el pecho patriota
Esa idea gloriosa de unión,
Y con sangre se lave la afrenta
Del que ultraje este libre pendón.

ANGEL F. ARAUJO.

ÍNDICE

Salutación á Bolívar, por la niña Inés Uquillas, representante del Ecuador.....	Pag. 1
Id. á id., por la niña Carmen Paredes, re- presentante de Venezuela.....	id.
Id. á id., por la niña Hortencia Zambrano, representante de Nueva Granada.....	id.
Id. á id., por la niña Ubaldina Ponce, repre- sentante del Perú.....	2
id. á id., por la niña María Elena Román, representante de Bolivia	id.
Alocución del Sor. Ángel F. Araujo.....	3
Discurso del " Darío Maldonado	4
" " " Dor. Livino Colina, Jefe político del cantón.....	7
" " " Eloi Gonzalez R.....	11
" " " Fidel Corral.....	13
" " " Dor. Antonio Cevallos.....	14
" " " J. Adelberto Araujo.....	16
" " " Dor. Joaquín Larrea.....	21
" " " Federico Acevedo.....	26
" " " Dor. Julio Antonio Vela.....	29
Composición del Sor. Ángel F. Araujo.....	31
" " " Daniel León.....	33
Himno patriótico, por el Sor. Ángel F. Araujo ..	40

FIN.